

PLÁCIDO, Domingo: *La crisis de la ciudad clásica y el nacimiento del mundo helenístico*. Col. Crisis y Nacimientos. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 2017, 279 pp. [ISBN: 978-84-17133-00-9].

La obra que se reseña a continuación es, tal y como manifiesta ya desde el prefacio Domingo Plácido, una continuación de un trabajo suyo anterior titulado *La sociedad ateniense. La evolución social en Atenas durante la Guerra del Peloponeso* (Barcelona, 1997). Para el A. esta guerra se constituye como un acontecimiento desencadenante de una serie de cambios que acaban afectando tanto a quienes salieron vencedores de la contienda como a sus principales perdedores. La presente monografía se halla dividida en cuatro apartados además del prefacio inicial. La introducción, escueta, que soslaya los temas principales del resto del trabajo. Tres extensos capítulos, que constituyen el grueso del libro. Y la conclusión, de nuevo breve por la enorme explicación anterior de los resultados ya en los capítulos. Se trata de una obra de madurez, fiel a la historiografía marxista del autor, de lectura lenta, tranquila y pensada, con una ingente cantidad de información fruto de años de dedicación a la Historia de Grecia.

En el primer capítulo, titulado «Características generales de la ciudad estado en época clásica», Plácido narra el inicio de la democracia en Atenas y las contradicciones que este sistema presenta para mantener la estabilidad social, pues, por un lado necesita de la guerra para seguir subsistiendo y, por otro lado, de los ricos para sufragar

dicha guerra. A lo largo de este primer capítulo también se proyectan interesantes reflexiones sobre la condición de ciudadanía en la Antigüedad desde que en un primer momento Solón la usase como arma frente a la esclavitud. Se desprende del texto una enorme preocupación del autor por los campesinos, por su forma de vida y su evolución social, política y económica en el siglo IV a. C.

El riguroso manejo de las fuentes por parte del autor para desarrollar algunos de sus planteamientos más importantes requerirá al lector un mínimo conocimiento previo de las mismas que le permitan extraer lo máximo de la obra, que está dirigida a un público especializado. Quizá, en este sentido, la exposición expresa de algunos fragmentos a los que se alude hubiera facilitado la recepción de esta obra a un público mayor, en detrimento, eso sí, de la impecable relación de fuentes y su tratamiento de la que se puede disfrutar tal y como ahora está.

En este primer capítulo se abordan también otra serie de cuestiones. El autor escribe sobre economía, sobre la especulación (mayor de la que hasta ahora se había pensado) y de los préstamos (también entre los ricos), que tan necesarios eran para el correcto funcionamiento de la economía en el siglo IV a. C. También se concede una importancia capital al individualismo, que va ganando prominencia y relevancia, no solo a nivel económico, sino también político, sobre todo a partir del reinado de Alejandro y, tras la muerte de aquel, mediante sus jefes militares.

Domingo Plácido dedica atención no solo a Atenas, pero como no podía ser de otra forma, también a esta.

Plasma de manera amena las contradicciones entre un pueblo que desea la restauración de la democracia y del imperio en el siglo IV a. C., que pretende sufragar la guerra mediante impuestos como la *eisphorá* primero y la *proesi-phorá* después, y la enemistad que ello crea con los sectores más altos de la sociedad, y cómo precisamente es la guerra la que provocaba pérdidas en los negocios de estos ricos. Esta visión es ligeramente diferente a la defendida por otros estudiosos como Ober, que ve a los ricos como personas al servicio del progreso y al *demos* satisfecho con los mismos. Para nuestro A., sin embargo, esta crisis de la democracia y estas contradicciones son las que acaban deviniendo en una crisis del modelo de ciudad estado, que pierde autonomía en pos de los personalismos, los cuales se manifiestan en ámbitos como el arte (a través del auge del retrato o del embellecimiento de las moradas propias) o la filosofía (mediante las nuevas escuelas, que se orientan hacia una moral más personal), de manera que la condición de ciudadano fue dependiendo, al final del clasicismo, cuando no de los ricos, de los reyes.

En las últimas páginas de este primer capítulo Plácido alude también a la situación espartana, la gran vencedora después de la *Guerra del Peloponeso*, pero una *pólis* que presenta también sus propias incoherencias internas. El A. vierte en este apartado algunos de los temas más desestabilizadores de la sociedad espartana de los siglos IV y III a. C., tales como la moneda, las relaciones interpersonales de algunos reyes y sus personalismos, o los acuciantes problemas de un escaso cuerpo ciudadano. Sería el imperialismo

espartano el que acabaría provocando, a ojos de Plácido, una crisis de régimen al desencadenar una búsqueda y constitución de alianzas entre otras *póleis* que pretendían defender su *autonomía* de la hegemonía de Esparta.

En el segundo capítulo del libro, titulado «La monarquía macedónica y su herencia», al que dedica una extensión no menor que a los aspectos de la Grecia clásica del capítulo primero, el A. aborda la situación en Macedonia. Comienza el apartado remontándose a los miembros principales de la dinastía argéada, incluyendo incluso a Pérdicas, su fundador en el siglo VI a. C., sin olvidar a otros como Arquelao, a quien considera el cohesionador del reino. Mediante esta explicación dinástica se pretende presentar un hilo conductor entre el inicio de este sistema político y cuáles fueron sus evoluciones naturales, que explican cómo es en el siglo IV a. C. con un Filipo II que reforma Macedonia en términos militares. Macedonia es por tanto un agente externo que debe estar presente al explicar el fin del Clasicismo griego.

Como no podía ser de otra manera, en este capítulo también se dedica un extenso apartado a Alejandro Magno y a la conformación de su Imperio. El A. advierte, acertadamente a nuestro entender, de los peligros que existen cuando algunos historiadores tienden a pensar a Alejandro como un «motor capaz de crear por sí mismo una nueva situación que conduce a Grecia entera fuera de la situación de crisis». Plácido denuncia, pues, que no deben dejarse de lado en el análisis todas aquellas fuerzas colectivas que se esconden tras las individuales.

En la segunda mitad del capítulo la atención del autor se centra

en la conformación del Imperio de Alejandro, con sus fundaciones, sus ciudades y los modos de vida de sus gentes (como es el caso de Priene, Pérgamo, Rodas, etc.). El A. explica también, de manera casi natural, de qué manera se va produciendo un sincretismo religioso que acabó configurando en parte la identidad del Helenismo, el cual se explica por los cambios que se han ido sucediendo, por la forma en la que las ideas se han ido conformando y han variado las mentalidades de los macedonios, griegos, iraníes, persas, egipcios e indios entre otros. Estas gentes fueron adoptando unos mismos cultos, más personalistas que colectivos y la astrología fue ganando importancia a la par que las técnicas curativas. Así, el capítulo termina al narrar el fin del sistema macedonio ya tras la muerte de Alejandro, sin olvidar la importancia que las ideas anteriores, las de Platón o Aristóteles, tuvieron en el desarrollo político institucional del mundo helenístico y que acabaron transformando el término democracia en un concepto propagandístico más usado por los reyes helenísticos, alejado de su consideración inicial en el siglo V a. C., mostrando de esta forma el cambio de mentalidad sufrido.

Finalmente, el tercero de los capítulos, «La herencia de Alejandro», es ligeramente más breve que los anteriores. En él Plácido se dedica a narrar las rivalidades que surgieron por el control del Imperio a la muerte de Alejandro Magno, una lucha encarnizada entre el personalismo y la ambición de sus diádocos y la lucha por mantener una unidad ya inalcanzable (aunque como manifiesta el autor, mantenida durante un tiempo en la ficción). Asimismo el A. tampoco olvida

de nuevo a los sectores medios y bajos de la población, que sufrieron una continua pérdida de derechos como el de ciudadanía, lo que favoreció la proliferación de importantes redes clientelares. En este sentido, los valores helenos permitieron, a ojos del autor, que se conformasen redes de solidaridad entre algunos personajes al margen de las instituciones estatales, así como la difusión de modos de vida griegos que se asentaron con cierto éxito en Oriente Próximo y Medio. Cabe agradecer, pues, que a pesar de ser el tema de los generales de Alejandro y la división del Imperio un asunto muy vinculado a cuestiones militares, el A. tampoco desdeñe ni minusvalore otros aspectos relacionados con la cultura y la sociedad del momento. También me gustaría resaltar, como lector, que la presencia de mapas en un apartado tan colmado de lugares, ciudades, personajes y fechas, habría facilitado la comprensión y el seguimiento de algunos puntos de no menor importancia. Cierran este capítulo tercero una serie de comentarios relativos a la relevancia que adquieren, a partir de mediados del siglo III a. C., algunas de las ligas que se crearon en Grecia hasta la llegada de los romanos, la nueva integración de cultos misteriosos, la helenización de los judíos, la divinización (en vida incluso) de algunos reyes helenísticos, y toda una serie de elementos que fueron conformando ya una realidad diferente a la conocida durante el clasicismo griego. La llegada de Roma culminaría, como el propio autor señala, con la batalla de Accio, que pondría fin al Helenismo.

Una escueta conclusión, no necesaria de mayor extensión debido

al increíble manejo de las fuentes y de la narración de lo histórico por parte del autor, —que es capaz de transmitir al lector la atmósfera del momento que narra, estableciendo paralelismos entre acciones coetáneas que tienen lugar en distintos lugares de dentro o fuera de Grecia—, pone el punto final al libro. Sigue a este último apartado una extensa y actualizada lista bibliográfica a la que puede acudir cualquiera que desee profundizar en alguno de los aspectos abordados. En definitiva, se trata esta de una verdadera obra de Historia Antigua,

en mayúsculas, sobre todo dirigida a un público especialista, la cual presenta un texto redactado de tal manera que el discurso conduce al lector, casi de manera natural, a interesantes conclusiones históricas sobre el cambio de sistema social, político, cultural y económico que se produjo en el paso del Clasicismo al Helenismo griego que deberían sin duda ser tenidas en cuenta por la historiografía moderna.

Unai Iriarte Astarta
Universidad de Salamanca
iriarte@usal.es